



VAMOS AL BAILE Y VERÁS



Ana María Grandoso



Grandoso, Ana María

Vamos al baile y verás. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Ruinas Circulares, 2014.

72 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-18-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
AGOSTO 2014

Diseño de tapa: Florencia Biondo

Imagen de tapa: Alcides Biagetti

Gentileza del Museo Histórico Regional Emma Nozzi.

Foto de solapa: Candela Galantini

Contacto con la autora: grandosoa@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

ANA MARÍA GRANDOSO

VAMOS AL BAILE Y VERÁS

-NOVELA-

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

*Vamos al baile y verás qué bonito como se
bailan las danzas modernas*

Corrido mexicano

A la familia Casas
A mi compañero
y a mis hijos

PRÓLOGO

De a dos las piedras nace la chispa, dijo el abuelo cuando nació su nieta y ella, la voz protagonista de estos relatos, se pregunta qué luz puede dar una chispa que brilla apenas un momento. Sin embargo, si ese momento corto – tan corto como una vida – es capaz de contener las voces de los de antes y dar pie a las que siguen, las voces de los libros y de la casa, de los cuestionamientos políticos y los privados, de las responsabilidades y las contradicciones, las del insomnio y la ternura, entonces ¿esa luz no es larga?

Este libro comienza reconociendo una deuda: nombrando a Clarisa Namuncurá, una mujer mapuche que trabajó casi toda la vida – que es breve como una chispa, pero también puede durar años de trabajo sin cuenta – en la casa de una familia de la que llegó a formar parte, aunque no del todo, *casi familiar, casi hija*.

Eso que no llega a ser, ese *casi*, es el lugar de lo propio, de la historia que Clarisa decide callarse. Así, cuando *casi* se ha convertido en una de ellos a fuerza de *robar gustos, manías, prejuicios, moral, estilo, afectos*, ese pasado continúa siendo el suyo, *una salina enceguecedora, orgullosa, muda*.

A partir de la mención de este nombre, se cuenta la historia de una familia por medio de relatos independientes, que dialogan entre sí. La mirada de la mujer mapuche y su decisión de callar continuarán apareciendo, señalando.

Otro de los personajes que funciona como núcleo de estos textos es el abuelo, el Dr. Casas, abogado y anarquista, alrededor del cual se rearmen, infatigables, las jerarquías. También él, tan diferente de Clarisa, ha

dejado solamente fragmentos de su historia. No se sabe si las mudanzas que lo llevaron a Carmen de Patagones tuvieron que ver con su posición política; se sabe que mató a un hombre, no los motivos.

La nieta se convierte en detective, necesita descubrir qué hay detrás de eso que le repiten como una frase hecha y con la fuerza de una orden: *era un hombre de bien*. Puede ser que ella quiera aceptar la herencia de ese hombre de bien, sus *ideas libertarias que lo ponían del lado del más débil*, pero no sin cuestionar. El deseo de entender se vuelve insomnio, pregunta insistente, escritura.

Sin embargo lo que une todos estos relatos – tal vez lo que más se disfruta – no son solamente los personajes o los temas, es algo en la forma de narrar, en el tono y la sintaxis. La precisión para decir y el ritmo ajustado junto a la libertad para cambiar el punto de vista, para dar lugar a lo que no se espera. Algunas veces esto sucede entre uno y otro párrafo; otras, dentro de una sola oración. Son textos que parecen escritos con la certeza de que no hay que desoír esas *ideas sueltas que se pierden en asociaciones locas, a veces obsesivas porque esas son las que dicen algo*. Y en esos saltos aparece un silencio diferente, que no oculta ni amordaza, sino que abre el sentido, permitiendo que pasado y presente se reúnan, una imagen tras otra, *dándose de comer en la mano*.

El título del libro es el comienzo de una canción que solía cantar la madre, ya grande, cuando se despertaba en casa de la hija, durante los días en los que estaba de visita. El recuerdo de esos versos ofrece algo y, a la vez, indica lo mucho que se pierde. *Vamos al baile y verás...* es un corrido mexicano, pero por qué la madre cantaba

eso, cómo había conocido esa letra, a quién se la había escuchado ya no se puede saber.

Hermosos y tristes, en su sinceridad, en su intransigencia, son los textos breves que se titulan “Mi madre”. La mujer anciana, en el hospital, le pide a la hija: *¿Tenés algo bueno para decirme?* y la hija excedida por la situación se niega. Pensará después que dejó pasar una oportunidad. Lo que no se preguntó acerca del pasado de los otros o lo que no se quiso decir en el momento adecuado va a seguir callado para siempre.

En su lugar, queda el presente compartido: el buen ánimo casi excesivo de la madre, el olor de las tostadas y el café, la tarde en la que cosieron juntas, el recuerdo de su voz entonando unos versos de manera un tanto insulsa, contagiando a los demás esa alegría, aunque esos versos solo hayan sido un fragmento de canción, aunque no se sepa de dónde vienen, ni por qué.

Claudia Prado

I

JARDINES SALVAJES

FLAMENCO

Hay una mujer que espera. No se resigna a morir. Es tan dura como la piedra contenida en su apellido.

Las empleadas del asilo la trasladan en silla de ruedas hasta el comedor y le sirven una papilla salada o dulce, según la hora del día. Esta hecha piel, huesos y arrugas. Las encías ya no sostienen dientes. La boca, aspirada hacia adentro. Su cuerpo empequeñece, se repliega.

Pero ella vive en una ensoñación; el pasado la distrae, imágenes tras imágenes que se dan de comer en la mano.

La acuestan, la levantan, la bañan, la visten. El futuro es un escamparse de nubes que se deshacen hacia el azul.

De cuando en cuando, como ella solía decir, recibe visita de una casi familiar, casi hija.

Entonces, hace alguna pregunta, mezcla los vivos con los muertos, a los adultos los llama como niños.

Algunos que se impresionan por su obsesión de seguir con vida, de cuando en cuando, le envían saludos. ¿Quién es fulana? Responde desde el big-bang en que se aleja. Hay una mujer, a quien cuidó de niña que está en deuda con ella. Esta mujer, a veces piensa: un día de éstos vendrá la noticia del asilo "ha muerto". Pero tal vez no muere porque no han podido ir a verla. Sin embargo, los años pasan, pasan y no muere.

Ya no sujeta su pelo duro con la redecilla hecha de hilos invisibles, que solo conseguía en las tiendas de ropa para danzas.

Sus manos, en los últimos diez años se han vuelto delicadas de tanto no hacer nada.

Pasó su vida útil, hasta los noventa fregando la casa y la ropa de otros, cocinando y tejiendo para huincas y robando. Robó gustos, manías, prejuicios, moral, estilo, afectos.

Con el paso del tiempo tuvo presencia, prestigio, poder, en

un mundo de amas de casa, a su manera. No tomó dinero ni objetos.

Y desde hace unos años, reza e invoca en secreto al santito que tiene su apellido y de quien antes decía: ¿a ése, quién lo conoce? En el asilo la llevan a misa.

La mujer en deuda la imagina soñando con un caballo que le regaló su padre.

Bajo la loma se tiende la salina rosada por la luz del atardecer color ¡flamenco! diría en mapuche. Sueña que llega a la salina, se baja del caballo, dádiva de un centenar de caballos, trueque. En el sueño saluda a todos los familiares en su lengua, la misma que ignoró, olvidó, esforzándose en no pronunciar una palabra.

A lo largo de su vida tres generaciones de niños, los hijos, los nietos y bisnietos de la familia donde sirvió, en alguna noche o siesta obligada, le hicieron preguntas, curiosidad de chicos.

Encontraron una salina enceguecedora, orgullosa y muda.

Se llama Clarisa Namuncura. Una de esas niñas, ahora mujer, la nombra, empieza a pagar la deuda.

COMPAÑERAS

Está sentada en la silla baja, asiento de paja y almohadón. Teje al crochet con un hilo blanco, muy fino, puntillas a unos pañuelitos que ya nadie usa. Ella los regala a personas que aprecia. Los guarda en una caja forrada entre bolsitas con lavanda.

“La señora me enseñó a hacer este trabajo, es una tarea delicada.”

“Yo antes no sabía hacer estas puntillas tan finas, me enseñó muchas cosas”.

“Nunca le falté el respeto. Porque era buena conmigo...”, repite cuando se le da la oportunidad.

No tiene partida de nacimiento y no habla de ese tema, además es ruj.

Su amada señora y el esposo no le enseñaron a leer y escribir. Hubiera aprendido rápido.

Cuenta que había llegado de la mano de Elia a la casa grande con dos patios internos y una quinta, que la señora Paz tenía seis hijos. Que era rubia, de ojos celestes, siempre arreglada, de treinta años. Era el año 1929. Ella entró al zaguán de la casona, asustada. De la misma edad que la señora o algo más, no se sabe.

Había nacido en una toldería a fines del 1800 en algún lugar de la Provincia de Buenos Aires o del Territorio del Río Negro. Tal vez fuera hija del último cacique de la dinastía de los Piedra con una de sus últimas mujeres. Nunca se pudo probar.

—¿De qué tenés miedo? —le había dicho la italiana Elia que trabajaba en la casa lavando y planchando la ropa de todos—. Yo hablaré con doña Paz, para que te tome, esperame acá.

La lavandera había preparado su relato para conmover a la señora, para que surecomendada consiguiera trabajo. La historia era fiel a la verdad.

Clarisa había tenido una vida muy dura y no podía, por el

amor de Dios, dijo Elia, volver a la casa de la familia donde había servido hasta hacía quince días atrás.

Esa familia, de prosapia, era la culpable de que Clarisa terminara en el hospital. Hoy le habían dado el alta y no tenía adónde ir.

—¿Qué es lo que le hicieron y cuál es el apellido de esa familia? —preguntó doña Paz.

— El apellido es Levalle —dijo Elia.

Clarisa no quiere recordar ni repetir lo sucedido porque le hace mucho daño. En esa casa de Levalle había hecho varios trabajos: hachar leña, encender el fuego, baldear pisos, encerar de rodillas, lavar.

El maltrato de palabra era costumbre. India sucia, negra de mierda, analfabeta, pero cuando se equivocaba o se olvidaba de algo...

Una vez había olvidado vaciar el orinal que se guardaba debajo de la cama. La patrona le colgó el orinal al cuello con una cuerda y la obligó a mantenerlo todo el día, que fue el más humillante de su vida.

Otra vez, había olvidado un encargo del señorito.

Clarisa había sido operada de apendicitis hacía unos días y el jovencito le dio unas patadas que le abrieron la herida. Estuvo internada dos semanas y su caso fue el comentario del hospital.

—Hágala pasar —le dijo doña Paz a la lavandera.

Clarisa temblaba de los nervios que le causaba enfrentarse a ese examen. Quería agradecer a esta señora pero su color, su raza, su ignorancia...no sabía manejar el dinero, no sabía la hora... ¿la perjudicarían también en esta casa?

El 9 de julio de ese año 1929, mientras la banda tocaba una marcha italiana, las señoras de los notables de la ciudad de Bahía Blanca se reunían en el salón de la municipalidad alrededor de un chocolate con churros.

Una mujer, con estola de zorros, zapatos de raso con hebilla y sombrero a la moda, se acercó a doña Paz.

—Me contaron que en su casa sirve una india mal arriada. Tenga cuidado, señora. Le da por las brujerías y los trabajos de magia mapuche.

Doña Paz la miró sorprendida. Fueron segundos. Rápido se encendieron sus ojos celestes, que relampaguearon de furia contenida y le dijo:

—No ponga cuidado. Siempre llevo conmigo una pata de conejo, un escapulario y una bolsita de alcanfor, cerca del corazón, para ahuyentar personas de mala sombra.

Dicho esto, le dio la espalda.

DIARIO

Día miércoles 6 de julio de 1930.

Ya está anocheciendo. Se disipó el olor a tostadas de la merienda bulliciosa de los varones. Esta mañana, en clase, cuando terminé primera el ejercicio de matemáticas, un compañero me miró fijo. No quería que me pasara, pero igual me puse colorada.

Es complicado tener quince años. Como dice mi tía, en cualquier descuido todo se va para los lados y llega hasta el borde.

Este hermoso diario él me lo regaló para mi cumpleaños. Tiene tapas de cuero de carpincho, lengüeta para cerrarlo y está cosido con tientos en los bordes. Las hojas con una viñeta impresa, distinta para cada página. Me parece que no sabré escribir para estar a su altura pero un diario es ante todo una descarga.

También me regaló dos libros de poesías, uno de Almafuerte, otro de Federico García Lorca.

Mis hermanas miraron con envidia el diario de tapas de cuero y las poesías.

Si lo encuentra la más chica, lo guarda para ella. Espero a que se duerma para sacarlo del escondite.

Si lo descubre mi hermano, Lidio, lo lee en voz alta para toda la familia. Él, que quiere ser locutor y periodista.

Y si llega a manos del anteúltimo, me pide plata para devolvérmelo.

Es de noche, hace frío, y ya está visto que hoy tampoco vendrá. Tal vez mañana...

Espero que durante la cena ninguno de mis hermanos pregunte por qué no viene.

No soporto esta pregunta delante de mamá. Cuando esto pasa la miro a ella, no sé qué contestar y los chicos se van a dormir sueños de incertidumbre o de rupturas amorosas.

En el pasillo ancho con ventanas de vidrios de colores, suena el teléfono atornillado a la pared.

La madre atiende y dice que su esposo no está, que pueden encontrarlo en su estudio. Y piensa que, aparte del estudio, el esposo tiene dos trabajos más.

Día jueves 7 de julio.

Hoy empiezo con recuerdos imborrables.

Un día papá se encontró con la lavandera de casa con un atado enorme de ropa. Justamente él llegaba en coche de alquiler. Se ofreció a llevarla y de paso conocer la quinta que trabajaba toda la familia y tomarse un vino con el esposo.

Mientras la lavandera acomodaba el atado de ropa, él me dijo por lo bajo: quiero que veas cómo viven los pobres.

No tenían agua corriente ni luz eléctrica. Sí tenían una bomba para el agua, un aljibe y una tina donde Elia lavaba y lavaba.

Mamá había preparado una valija con ropa y zapatos para darles. Papá hizo que el chofer fuera quien bajara la valija y la dejara en un rincón debajo del parral.

Papá recorría la huerta con el marido de Elia, un italiano bajito y con boina, le pedía explicaciones sobre el cultivo de cada una de las verduras que íbamos viendo.

Estaba muy entusiasmado con los ajíes, tomates, melones, zapallos, alcauciles, etc.

Se hizo mediodía y ambos se sentaron bajo un parral a tomar vino casero. Nos quedamos a almorzar.

En esos días había escuchado que papá hacía gestiones para que el italiano entrara como empleado municipal para hacer zanjas y trabajos de calle.

Los italianitos me vieron tan aburrida que me invitaron a jugar. Jugamos al huevo podrido y a la escondida. Los chicos pobres juegan casi a las mismas cosas que los no tan pobres pero...comen pobre, no tienen zapatos nuevos ni libros y los hacen abandonar la escuela para ir a trabajar.

Papá invitó a toda la familia a comer para el domingo siguiente. (Fin del recuerdo imborrable, volvemos al presente).

Me doy cuenta de que mi madre no querría preguntarme por él pero es más fuerte y lo hace.

Yo no sé qué debo hacer, pienso que no debería contarle, pero le cuento. Sólo a ella. Ni una palabra a mis hermanos y hermanas.

Hoy lo vi, en el hall del Colegio Nacional. Pasó como un ventarrón. Me vio parada al lado de la oficina de los celadores, pero se bajó el ala del sombrero y huyó...Huyó de mí. ¡Qué vergüenza! La celadora más arpía registró todo.

Mamá termina de lavarse las manos sucias con harina por los scones. Esta tarde toma el té con sus amigas. Y nada dice.

Se coloca el anillo enorme de aguamarina, regalo de papá, y que ella utiliza para hundir en la cabeza de sus hijos en vez de una cachetada. Descarga toda su ira contenida sobre las cabezas de sus hijos. A mí ya no me lo hace. Sólo tiene veinte años más que yo.

Día viernes 8 de julio.

Recuerdo imborrable. Un día papá dijo que debía viajar a Buenos Aires y decidió llevarnos a mi hermano, el segundo y a mí, la mayor. Yo tendría unos trece y mi hermano once.

De ese viaje en tren ha quedado en mi memoria la visita al departamento de la tía Delia

Cuando mamá escuchó esta propuesta, dijo que primero tendría que salir de compras para vestirse y vestirnos antes de ir a la casa de su cuñada.

Esto me sorprendió, porque ropa teníamos. Pero ya había aprendido que hay cosas que no se preguntan.

Al día siguiente llegamos al departamento y comprendí. Era un piso muy amplio en el centro. Nos atendió un mayordomo que nos condujo a una sala donde estaba la tía.

Me saludó acariciando mi mentón, alabando mis ojos, mi boca, mi nariz. También quedó impactada por la cara y la elegancia de mamá.

—Amor —dijo papá.

—Nombre de anarquistas —replicó ella—, pero es original, muy original.

Nos sirvió el té en esa sala, no en el comedor. El mayordomo con guantes blancos.

Un servicio con toda la vajilla de plata menos las tazas que eran de porcelana. Me sentí observada e incómoda.

Cuando salimos del piso, lo primero que pregunté fue “¿quiénes son los anarquistas?” La explicación casi no la recuerdo pero me quedó la sensación de que papá admiraba algunas cosas de los anarquistas. (Fin del recuerdo, vuelvo a la actualidad).

Hoy faltó el profesor de Educación Cívica que es un viejo al que le gusta leernos las últimas noticias de la situación en España.

Nos dijeron que vendría a reemplazarlo él. Yo me puse nerviosa pero el celador no se dio cuenta.

Pensé, ¿y ahora cómo se las va a arreglar? ¿Habrá comprendido que viene a mi aula?

Al rato volvió el celador y dijo: “Hora libre. El profesor reemplazante tuvo un imprevisto y se retiró”. Y ahí sí me miró a mí como diciéndome: “Vos sabrás”.

¿Qué hago? ¿Le cuento a mamá? No quiero aumentar su ira que después la siente toda la familia, pero... si me pregunta, es mi madre.

Ya pasaron cuatro días que no aparece por casa y mis hermanos y hermanas, como si supieran que no es tema para hablar, no preguntan. Se los agradezco. Aunque la cena transcurrió entre codazos y patadas por debajo de la mesa.

Mamá, de a ratos ausente, lanzaba un golpe de anillo sobre alguna cabeza.

Los chicos comen antes. Yo tengo permiso para cenar con mis padres. Pero hoy mamá se fue a dormir sin cenar. Terminé comiendo en la cocina bajo la mirada atenta de Clarisa que todo lo ve, lo oye, y se lo guarda.

Mañana voy a ir a buscarlo adonde esté. Y le cantaré las cuarenta. Todo lo que vengo juntando.

Día sábado 9 de julio.

Me levanté temprano. Desayuné sola. Los chicos estaban levantándose. Había corridas en camión por los dormitorios porque nadie quería ser el primero en bañarse. Mamá a los gritos con mi hermano de dos años, quien también corría con los pañales desatados.

Nadie advirtió que me iba, salvo Clarisa a quien nada se le escapa.

Saqué la bicicleta. Los pequeños charcos sobre la calle de tierra estaban congelados.

Me calcé los guantes, me puse la bufanda, el gorro.

“Te sientan muy bien los sombreros con esa cara de camafeo”, me había dicho el tío Carlos.

Llegué al lugar donde sabía que estaba desde el lunes pasado, aunque cueste creelo, jugando al póker cada noche. Por supuesto por plata, bastante.

Empujé la puerta giratoria y entré al hall del Club Social Argentino.

Lo primero que vi fue el perchero donde distinguí el sobretodo, el poncho de vicuña marrón y el sombrero negro.

Se me acercó un mozo, a quien le pregunté:

—¿Se encuentra el doctor Casas?

—No, no está —me dijo mintiendo, y desapareció hacia el restaurant.

Me quedé en el hall mirando las fotos de los personajes importantes que habían visitado el club.

Pasaron unos minutos y apareció. Al verme se le iluminó la cara y me dijo: “Ha venido la niña de mis ojos”. Me abrazó, me besó en la mejilla.

Sentí una tenaza en la garganta. Lágrimas retenidas por imanes en los ojos. Toda la furia se derritió ante este recibimiento. No dije nada, no pude.

Y, como siempre, me recitó:

*“Sus ojos en las umbrías
se empañan de inmensa noche
en los recodos del aire
cruje la aurora salobre”.*

Tomó el sobretodo, el poncho, el sombrero. Salimos.

—¿Me acompañas al estudio?

—No, hoy es sábado. Vamos a casa. Mamá y tus siete hijos te esperan.

MARIANO MUR

Parrhesia- Publicación anarquista de Bahía Blanca

No olvides a los presos
Mariano Mur
Alejandro Romano Scarfó
Manuel Gomez Oliver
Pedro Mannina
Simplicio de la Fuente

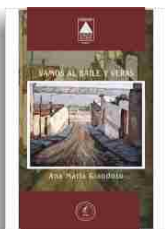
Mariano Mur

Preso en la cárcel local, acusado de haber dado muerte al prepotente ingeniero de la compañía constructora de elevadores, Eric Stranger, el 26 de diciembre de 1929, en Ingeniero White.

Fue condenado en febrero del año pasado, en juicio oral, a 18 años de prisión. Viciado de nulidad el juicio oral se ha apelado contra el fallo.

Atiende a este compañero, el comité pro-presos y deportados de la FORA local, que reiniciará en breve la campaña de agitación por la libertad de Mur, con quien el proletariado tiene contraída una deuda de solidaridad.

El tío contaba la anécdota como se cuenta una travesura de niño. Ese hecho fuera de lo común pero intrascendente por lo aislado, ese comentario para agregar algo en una charla. El protagonista era el padre de este tío y lo que la nieta recuerda es aquello que hacía resaltar en el relato: unos muñecos y una vincha que simulaba estar manchada con sangre en un juicio oral para defender al acusado, y que el abogado había hecho con sus manos, decía. Mejor sería imaginar que pidió a las mujeres de la casa, a su esposa que le hiciera unos muñecos de trapo y una vincha, que él marcó con lacre para simular el orificio de bala y que se colocó en su cabeza durante el alegato.



Este libro comienza reconociendo una deuda: nombrando a Clarisa Namuncurá, una mujer mapuche que trabajó casi toda la vida —que es breve como una chispa, pero también puede durar años de trabajo sin cuenta— en la casa de una familia de la que llegó a formar parte, aunque no del todo, *casi familiar, casi hija*.

A partir de la mención de este nombre, se cuenta la historia de una familia por medio de relatos independientes, que dialogan entre sí.

Otro de los personajes que funciona como núcleo de estos textos es el abuelo, abogado y anarquista, alrededor del cual se rearmen, infatigables, las jerarquías.

Sin embargo lo que une todos estos relatos —tal vez lo que más se disfruta— no son solamente los personajes o los temas, es algo en la forma de narrar, en el tono y la sintaxis. La precisión para decir y el ritmo ajustado junto a la libertad para cambiar el punto de vista, para dar lugar a lo que no se espera. Algunas veces esto sucede entre uno y otro párrafo; otras, dentro de una sola oración.

Claudia Prado

